

«Lee mucho, camarada, pero lee bien». La Sección Femenina de Falange y la lectura como servicio nacional (1939-1950)

Christine Lavail

UPL, Université Paris Nanterre
EA 369 Études Romanes, CRIIA

El régimen franquista tuvo una temprana y clara conciencia del poder ideológico de los libros.

Desde sus inicios, manifestó un interés notable por la lectura y llevó a cabo una verdadera «política del libro» que quedaba incluida, de forma más general, en su sistema de propaganda. Una de las vertientes de esta política consistía en promover y, al mismo tiempo, controlar la lectura, para hacer del libro «el arma que España [necesitaba] en esta hora de su revolución»¹.

Todos los españoles sin excepción serían pues objeto de una estrecha vigilancia, pero las mujeres, precisamente por ser mujeres

¹ *Bibliografía Hispánica*, Año I, n° 1, mayo-junio 1942.

y teniendo en cuenta la misión de esposas y madres que el régimen les reservaba, iban a recibir una atención especial. A la política de control de lecturas se superpondría, en su caso, la política de género del franquismo. De esta forma, el concepto de «feminidad» tenía que vertebrar tanto su actitud frente a la lectura como el propio contenido de los libros que fueran a leer. Pero además, al ponerlas el régimen en el centro de la familia, era necesario que adquirieran mediante la lectura una moral intachable, relacionada en parte con la difundida por la Iglesia católica, aunque también inspirada en los principios falangistas. Por fin, tenían que constituir un baluarte de la patria para poder transmitir los valores del régimen a las futuras generaciones. Estos tres imperativos – feminizar, moralizar y nacionalizar– eran pues los que prevalecían en el momento de orientar la lectura de las mujeres en beneficio del Estado y de la sociedad. Se trataba de que las mujeres fueran útiles y de que su actividad lectora se transformara en un verdadero «servicio nacional».

Con este designio, en marzo de 1940, se creó en la Regiduría Central de Cultura de la Sección Femenina un Departamento Central de Bibliotecas y Conferencias encargado de elaborar las guías de lectura para la adquisición de fondos de las bibliotecas de la organización. Sin embargo, la Sección Femenina también utilizó sus revistas para destilar en sus páginas consejos y recomendaciones, intentando dar de esta forma un mayor alcance a su política de orientación de lecturas. La revista *Medina* es la que nos interesa particularmente aquí ya que, de todas las revistas de la Sección Femenina publicadas en los años cuarenta, era la que tenía una vocación más general². A partir de mayo de 1942 empezó a publicar una sección titulada «Hemos leído esta semana...» en la que indicaba una serie de libros que se consideraban adecuados para las mujeres³. Tanto el estudio sistemático de dicha sección

² En los años cuarenta, la Sección Femenina publicaba tres revistas: *Y, revista de la mujer nacional sindicalista* (1938-1946), mensual, cuyo subtítulo indicaba claramente que se dirigía a las afiliadas; *Consigna* (1941-1960), mensual, dedicado a las maestras y *Medina* (1941-1945), semanal, desarrollaba temas femeninos y de información nacional.

³ La sección «Hemos leído esta semana...» se empezó a publicar a partir del n° 60 (10-V-1942), aunque con una frecuencia irregular.

como la referencia a los artículos de fondo sobre la lectura permiten analizarla concepción utilitaria que tenía el régimen de la lectura de las mujeres, destacando su voluntad de fomentar una actividad que había que encauzar mediante los criterios de feminización, moralización y nacionalización.

Las relaciones asimétricas que el régimen franquista impuso entre los hombres y las mujeres también tuvieron una manifestación en la política cultural y, particularmente, en el control de lecturas. Ciertamente es que la cultura formaba parte de los atributos de la *nueva mujer*, pero se encontraba condicionada por la supuesta naturaleza femenina, imperfecta e inferior: las mujeres habían de ser cultas – para lo cual tenían que leer mucho –, pero siempre respetando los límites de su género. En el centro de la cuestión sobre la lectura de las mujeres se encontraba pues la feminidad que aparecía como un verdadero leitmotiv en los mensajes transmitidos por la Sección Femenina. El principal peligro era que las mujeres salieran de los moldes a los que pretendía ceñirlas el régimen; que encontraran en la lectura un espacio de libertad que las condujera a adoptar otros modelos de comportamiento; en definitiva, que infringieran las reglas de una sociedad que se fundaba sobre la división de los roles según el sexo. Como lo indicaba la propia Pilar Primo de Rivera en una entrevista concedida al diario *Pueblo* en 1948, había que evitar «ponerse en un plan de igualdad con el hombre, que eso es pedante, ridículo y camino seguro del fracaso como mujer»⁴.

Este fracaso era, desde luego, lo peor que podía ocurrirle a una fémica. Dos escollos íntimamente relacionados entre sí acechaban particularmente a la mujer culta o lectora: ser pedante y convertirse en una intelectual. La pedantería era concebida como la consecuencia de un exceso de cultura y, por lo tanto, se daba principalmente en las mujeres con aspiraciones intelectuales que no solo habían estudiado o leído en demasía, sino que también se habían interesado por temas complicados, muy por encima de las «capacidades femeninas». Por lo demás, la intelectual estaba vinculada a las grandes figuras femeninas de la izquierda

⁴ Pilar Primo de Rivera, «¿Cuáles son los objetivos primordiales de la mujer contemporánea?», in: *Discursos, circulares y escritos*, Madrid, Sección Femenina de FET y de las JONS, 1951, p. 259.

republicana. De ahí también la carga intrínsecamente negativa del adjetivo «intelectual» que cristalizaba la diferencia fundamental entre la «desorbitada» republicana⁵ y la culta *nueva mujer*, centrada, sensata y femenina ante todo. Porque lo más reprehensible era que la pedante y la intelectual ocuparan espacios tradicionalmente reservados a los hombres según el imaginario colectivo occidental (la inteligencia, el saber, la palabra), remitiendo así a una forma de masculinización. La cultura de estas mujeres se volvía estéril al alejarlas de su misión en la sociedad como esposas-madres y, por ende, las transformaba en seres contranaturales.

Partiendo de estas ideas, los libros recomendados en la revista *Medina* iban a tener como principal función desarrollar la feminidad tanto en sus aspectos «técnicos» como en sus aspectos «ideológicos».

En primer lugar, según se hallaba descrito en un artículo de la revista, el libro tenía que ser, «una memoria encuadrada donde la muchacha [pudiera] ir recordando todo aquello que no [debía] olvidar para el mejor desempeño de ese cargo de mujer que la Naturaleza le [había] dado, o bien colocando sobre su experiencia de estreno nuevos consejos y sabias normas, para así poder obtener el día de mañana la máxima calificación en su cargo»⁶. Se sugerían, por lo tanto, un gran número de ensayos⁷. Estos no eran tratados complejos que requerían una capacidad especial para intelectualizar, sino obras orientadas al aprendizaje de la feminidad. Muchos de ellos estaban pues relacionados con las tareas del hogar (libros de cocina y gastronomía, tratados de educación o de puericultura, libros sobre la salud y la higiene, el deporte o la música), o daban pautas de comportamiento para la mujer, como los de María Rosa Vilahur (*La joven ante la vida*), María Pilar Morales (*Mujeres. Orientación femenina*), Andrés

⁵ En 1963, Pilar Primo de Rivera seguía utilizando este término para referirse a las mujeres republicanas. El adjetivo «desorbitada» remitía a una «desvirtuación de la condición femenina». Cfr. Pilar Primo de Rivera, *La mujer en la nueva sociedad*, Madrid, Ed. del Movimiento, 1963, p. 6-7.

⁶ Sofía Morales, «Publicaciones de la Sección Femenina», *Medina*, n° 193, 26-XI-1944.

⁷ De los 187 libros recomendados en *Medina* entre 1942 y 1945, 87 eran ensayos.

Révész (*La mujer ideal*) o incluso un tratado tan rancio como *La perfecta casada* de Fray Luis de León. Por este medio se trataba de mantener a las mujeres en un eterno femenino completando su formación doméstica o desarrollando un modo de ser relacionado con las supuestas características de su sexo.

Con un objetivo análogo, la revista aconsejaba la lectura de ensayos de cultura general, es decir manuales de historia del arte o de pintura, guías de viaje, algunos libros de historia así como biografías. También en este caso eran obras muy generales; baste con citar algunos de los títulos: *Tú y el Arte. Introducción a la contemplación artística y a la historia del Arte* de Wilhelm Waetzoldt, *El Prado. Sus doscientos mejores cuadros*, *España en los mares* de Manuel Ballesteros Gaibrois, o *Perfiles de la ciudad* (sobre Málaga) de Sebastián Souvirón... En cuanto a las biografías, permitían la aproximación a una época histórica o a un acontecimiento particular mediante la vida de un personaje, a menudo centrándose en lo anecdótico o desde el punto de vista de su intimidad. La Falange siempre había considerado que las mujeres tenían que tener un barniz cultural que las situara entre la «tonta destinataria de piropos» fustigada por José Antonio Primo de Rivera⁸ y el «árido producto intelectual» al que aludía su hermana Pilar en 1948⁹. Estos libros de cultura general y biografías no tenían que llevar a la mujer a profundizar en las materias tratadas, sino a adquirir una cultura media para el cumplimiento de su misión en el hogar en las mejores condiciones posibles, contribuyendo a la armonía conyugal y a la formación cultural de los hijos.

El segundo aspecto de la feminización de las lecturas concernía una serie de obras –especialmente la literatura o los géneros imaginativos– cuyo objetivo era más ideológico ya que consistía en crear modelos con los que las mujeres pudieran (o tuvieran que) identificarse. Las novelas eran particularmente interesantes a este respecto¹⁰. Entre las sugeridas en la sección «Hemos leído esta

⁸ José Antonio Primo de Rivera, «Discurso y palabras pronunciadas en Don Benito (Badajoz)», 28-IV-1935, in: Agustín del Río Cisneros, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera*, disponible en la web, <http://www.rumbos.net/ocja/jaoc0112.html>, consultado el 9 de octubre de 2017.

⁹ Pilar Primo de Rivera, «¿Cuáles son los objetivos primordiales de la mujer contemporánea?», *op. cit.*, p. 259.

¹⁰ Con 52 novelas en total, este género literario ocupaba la segunda posición en el ranking de las lecturas recomendadas.

semana...» figuraban en un puesto de honor las que calificaremos de «novelas de componente sentimental» que representaban más de los dos tercios del total¹¹. Bajo este apelativo incluimos las propiamente románticas o «rosas» (muy mayoritarias), así como todo tipo de novelas (clásicas, costumbristas, infantiles, etc.) en las que la trama se construía en torno a una historia sentimental aunque el tema principal no fuera el amor. Los autores predilectos eran generalmente afamados escritores de novelas románticas como Carmen de Icaza (*Vestida de tul, El tiempo vuelve*), Concha Linares Becerra (*Muchachas sin besos*) o Andrés Révész (*La novia invisible, La periodista y su rival*), así como algunos autores hoy olvidados: Darío Valcárcel, Julia Mérida, María del Socorro Andújar Espino, Rafael Villanueva... Estos libros a menudo eran editados en la colección «Mari-Car» de Afrodisio Aguado, especializada en publicar los mejores títulos de novela rosa. Las heroínas solían ser mujeres extremadamente virtuosas o bien «perdidas» que, gracias al amor, acababan encontrando el camino de la virtud. Por medio de estas novelas románticas se intentaba propagar un modelo de mujer cuyo fin principal era el amor y el matrimonio. Eran pues útiles ideológicamente; sin embargo, mientras se recomendaban en la sección «Hemos leído esta semana...», otros artículos de la revista se hacían eco de las prevenciones que corrían a su respecto. De hecho, se reprochaba a estas novelas que desarrollaran quimeras y «[desenfocaran] la vida»¹². Esta ambivalencia rápidamente se resolvió estableciendo una distinción entre novelas «rosas» y «blancas», siendo estas últimas las «pura[s], pero sin ñoñeces, sin irrealidades, con la fantasía necesaria para ser eso, “novelas”, pero con una base lógica encuadrable en la realidad»¹³. Ciertamente, los autores aconsejados en la sección respondían a este criterio.

Junto a las novelas, las obras de poesía venían a completar la labor ideológica de difusión de un ideal de mujer enteramente dedicada al amor como único fin de su existencia. Desde luego, la poesía era recomendada de forma muy minoritaria en la sección

¹¹ Sobre las 52 novelas recomendadas en la revista, 33 eran «de componente sentimental».

¹² Carolina Toral, «Ensayo de selección de bibliotecas para niñas de 11 a 16 años», in: *Bibliografía hispánica*, año V, n° 7, julio de 1946, p. 456.

¹³ *Ibid.*, p. 457.

de lecturas (solo un 14% eran obras poéticas), probablemente por considerarse un género difícil, muchas veces hermético y por lo tanto no apto para el intelecto femenino. Sin embargo, cierto tipo de poesía parecía adaptarse a la mujer como era el caso de la poesía amorosa o intimista que permitía mantener vivos el sentimentalismo y la ternura. Este tipo de poemarios eran la gran mayoría de las obras propuestas. Sirvan de ejemplo *Versos de un huésped de Luisa Esteban* y *Poesía*, ambas de José García Nieto, *El ámbito del lirio* de Francisco Cano Pato, o *El canto cotidiano* de Enrique Azcoaga.

Todos los consejos emitidos en la revista *Medina* convergían pues en una feminización de la lectura. Pretendían fomentar una feminidad acorde con los objetivos e ideales del régimen, bien adiestrando a las mujeres en las tareas del hogar, bien creando un ambiente y un espíritu general que impregnaran su imaginario y las llevaran a identificarse con el modelo de la esposa fiel y de la madre abnegada. Pero además, junto con esta feminización, e incluso mezclándose con ella, la moralización iba a ser otro elemento estructurante de las recomendaciones de lectura.

La *nueva mujer* que el franquismo aspiraba a implantar utilizando también su política del libro no solo tenía que ser «femenina» en los sentidos destacados anteriormente, sino además manifestar una moral intachable. Esta moral se encontraba codificada de acuerdo con los preceptos de la Iglesia católica, firme aliada del régimen desde los primeros momentos de la Guerra civil. No obstante, a este sentido religioso iba a agregarse, confundiéndose con él, un sentido más amplio, en parte inspirado en las consignas falangistas de superación del propio ser y de enaltecimiento de los ideales. En efecto, el régimen franquista había desempolvado viejos estereotipos que presentaban a la mujer como un ser imperfecto y débil que necesitaba una guía sólida, a lo que vino a yuxtaponer las ansias puramente falangistas de mejoramiento constante del individuo.

En el proceso de moralización de la lectura, la revista *Medina* integraba ambos aspectos. De esta forma, en su sección «Hemos leído esta semana...», orientaba los consejos de lectura en una dirección religiosa y de moral cristiana a la vez que les daba un sesgo más laico y cercano al falangismo.

Los escritos religiosos tenían como objetivo dar lecciones de conducta desarrollando el sentido católico. Entre ellos se hallaban algunos de los textos de los mayores filósofos y teólogos de la Iglesia católica. Citemos a Santo Tomás de Aquino con una *Selección filosófica*, San Juan Crisóstomo (*Homilías sobre la Carta de San Pablo a los Corintios*, *Los seis libros sobre el sacerdocio*) o Francisco de Osuna (*Cuarto Abecedario Espiritual o Ley de Amor*). Hay que destacar que estos tratados eran libros arduos. Sin embargo, si se aconsejaban a las mujeres no era para que éstas desarrollaran una reflexión crítica, sino para que se aproximaran de esta manera al espíritu religioso cristiano, conociendo sus grandes autores e impregnándose de sus valores. En realidad, estos libros se dirigían antes al sentimiento y al corazón de las mujeres que a su intelecto. De hecho, en el caso de Santo Tomás la obra recomendada era una antología, expurgada de los pasajes más complejos, pero que seguía ofreciendo máximas y consejos morales que inspiraran la conducta de las mujeres. Con todas estas obras se procuraba poner de realce ciertos valores del cristianismo para que sirvieran de guía espiritual para las mujeres: la generosidad, el sentido de la caridad, el amor hacia Dios y hacia el prójimo.

Por otra parte, también se preconizaba la lectura de una serie de obras menos conceptuales que pretendían ser directamente útiles para las mujeres en su vida cotidiana. Por ejemplo, los libros de meditaciones como *¿Joven quién eres tú?* de Robert Claude, o la *Guía de la mujer cristiana* del reverendo Javier Schletter. A esta categoría se pueden añadir los libros de devoción cristiana (*Ansias de Dios* del padre C. C. Martindale, *Cristo y la mujer* del Dr. Peter Ketter) así como los de apostolado moderno y, en particular, las conocidas obras de Mgr Tihamér Tóth: *Padre Nuestro*, *La joven de carácter*, *La joven creyente*, *La joven y Cristo*, *La joven del porvenir...* Con el mismo propósito, se encarecía la lectura de uno de los mayores éxitos de la literatura cristiana desde la Edad Media, particularmente en boga en el siglo XIX, el ya clásico *De la imitación de Cristo* de Thomas Kempis.

Junto a esta literatura propiamente mística, la revista también recomendaba la lectura de una serie de obras más generales pero con una temática religiosa. Se trataba con ello de crear una suerte de caldo de cultivo de la religiosidad. Era el caso de los ensayos

histórico-religiosos¹⁴ y más concretamente de la poesía. Ya se ha destacado que la presencia de la poesía entre las lecturas aconsejadas era relativamente marginal, pero es interesante notar que los poemarios recomendados concernían exclusivamente la poesía amorosa y la poesía religiosa, a veces incluso de forma combinada como en *Grana gris* de Luis Martín Santos. Las obras, entre otros, de Vicente Gaos (*Sobre la tierra*), Pilar de Valderrama (*Holocausto*), Gracián Quijano (*Ofrendas*) o Emeterio Gutiérrez Albelo (*Cristo de Tacoronte*) tenían como fin contribuir a mantener en la mujer un sentimiento de piedad y devoción.

Sin embargo, la moralización del libro no se limitaba a recomendar libros que respetaran estrictamente la moral cristiana o abrazaran un anhelo religioso. También suponía un aspecto más general que se encontraba resumido en las afirmaciones que Enrique Azcoaga hacía sobre la novela:

Como comprenderás, si este libro, si esta novela, es cosa positiva, independizada por el esfuerzo de la entraña del autor, existente ante nosotros como una espiga o una columna, nosotros, con su frecuentación, mejoramos. Mientras que si, por razones siempre auxiliares, nosotros nos perdemos en un laberinto que no tiene una lógica, un sentido y hasta, si se me apura, una alta moral, perdemos el tiempo. Y no salimos de la lectura enriquecidos por la aventura; es decir, dibujados por ella, fijados por ella. Seguros de que lo que atesorábamos y lo que la lectura depositó en nosotros se ordenó positivamente en nuestro corazón¹⁵.

En este artículo con motivo de la feria del libro, el célebre escritor hacía una serie de sugerencias a las mujeres para ayudarlas a elegir correctamente sus lecturas. Su comentario sobre la novela (que podía hacerse extensible a cualquier género literario), invitaba a las lectoras a acercarse a las obras que tuvieran «una lógica» y una «alta moral», evitando las que se apartaran de la realidad,

¹⁴ Algunos ejemplos de estos ensayos son: *Estudio médico legal de la pasión de Cristo* de Jesús de Bartolomé Relimpio, *El padre salvado. Un gallego civilizador de Australia* por Santiago Rodríguez o también *Los monjes españoles en la Edad Media* del asesor religioso de la Sección Femenina, fray Justo Pérez de Urbel.

¹⁵ Enrique Azcoaga, «A una muchacha, en la fiesta del libro», *Medina*, n° 167, 27-V-1944.

banalizaran el vicio o rayaran en lo escabroso. En ello mantenía la cohesión con los principios católicos. Pero, además, insistía en que los libros elegidos fueran «positivos», apuntando de tal suerte la exigencia de enriquecimiento y de perfeccionamiento de la mujer mediante la lectura. En definitiva, ello implicaba que al mismo tiempo los libros formaran, educaran, fortalecieran el carácter, infundieran optimismo y llevaran a superarse. Enrique Azcoaga establecía así una frontera clara entre los libros «buenos» (recomendables) y los demás (insustanciales o incluso perjudiciales) y se hacía eco de las posturas que la escritora falangista Carmen Buj había defendido en un artículo anterior: «La lectura de los libros buenos es fuerza poderosa que alivia al apesadumbrado en sus desdichas y es luz que desvanece las tinieblas. Convienen los libros alentadores que levanten el ser a definitivos propósitos, que nos lleven a ser cada día mejores, y que indiquen a hacer algo útil en el mundo». Y añadía: «Es preciso despertar en la mujer el amor a la buena lectura y llevar al hogar los libros sanos y atrayentes que sean la antorcha constantemente encendida que ilumine la oscuridad moral que hay en muchos hogares y que eleve el nivel cultural de los mismos»¹⁶.

Los libros «buenos», «sanos» o «positivos», según el nombre que se les quisiera dar, eran evidentemente los que se fundaban en la moral cristiana y en la religiosidad, pero eran también los que respondían a la «manera de ser» propiamente falangista que se construía en torno a la noción de utilidad. Al elevar el nivel moral y cultural gracias a la moralización del libro, la lectura se transformaba en un acto beneficioso para las mujeres (como individuos), para la familia y para la colectividad.

Si el concepto falangista de utilidad era uno de los cimientos del proceso de moralización, también informaba la nacionalización de los libros que se ponía por obra en las páginas de *Medina*.

Retomando el lema de la Sección Femenina, uno de los editoriales de la revista se titulaba «No hay nada más bello que servir» y, aunque su contenido no versaba específicamente sobre la lectura, recordaba de esta forma el principio que había de regir

¹⁶Carmen Buj, «La mujer y los libros», *Medina*, n° 63, 31-V-1942.

el comportamiento de la *nueva mujer*. Las nociones falangistas de servicio y sacrificio exaltadas por José Antonio Primo de Rivera se aplicaban igualmente a las mujeres, aunque con ciertas particularidades relativas a su género. En efecto, su forma de servir tenía que hacerse en la sombra del hombre, como «alentadoras» y «colaboradoras». Así lo indicaba uno de los artículos de *Medina*: «Del mismo modo que en la guerra fuisteis enfermeras y Hermanas de la Caridad, y en la paz compañeras sonrientes, (...) así ahora queremos que seáis eficaces alentadoras de nuestro trabajo y colaboradoras ideales en este fantástico y grandioso cometido que la Historia nos legó para su desarrollo»¹⁷.

Siguiendo estos patrones, el régimen pretendía responsabilizar a las mujeres frente a un acto tan íntimo y personal como la lectura. Había que convencerlas de que leer no podía ser un mero pasatiempo y concienciarlas de que, a través de la lectura, se les brindaba la oportunidad de participar en una gran empresa colectiva. Asimilada pues a un acto de servicio, la lectura tenía que contribuir a despertar o acrecentar en las mujeres el amor a la patria para que, a su vez, pudieran mantener vivo este sentimiento en «sus hombres» (maridos, hermanos, padres) y transmitirlo a sus hijos. El régimen había erigido el patriotismo en principal valor de su ideario político y no dejaba de afirmar su aspiración a reconstruir la nación y el antiguo Imperio español. Aunque, confrontado a la realidad, rápidamente desistió en estas ansias de imperio, siguió utilizando en su retórica las mismas ideas y las mismas imágenes. Se trataba de cohesionar la colectividad nacional en torno a unos objetivos comunes, aunque fueran míticos como en el caso del imperio. Sin embargo, la voluntad de renovación no era ningún mito y, a la hora de poner en marcha la «revolución nacional», se afirmaba que la mujer tenía que desempeñar un papel fundamental. Su contribución solo era concebible desde el ámbito de la familia donde, también como lectora, podía tener una gran influencia. En una conferencia pronunciada en 1941, el asesor de bibliotecas de la Sección Femenina, Javier Lasso de la Vega, recordaba este objetivo y apelaba al espíritu de servicio de las mujeres: “a eso [el imperio] no llegaremos nunca más que por medio del estudio

¹⁷José Juanes, «Confidencia», *Medina*, n° 110, 25-IV-1943.

y de la técnica (...). Y yo os pido que continuéis poniendo todo vuestro corazón y todo vuestro entusiasmo y toda vuestra inteligencia al servicio de España, para que lo más rápidamente posible logremos ver convertidos en realidades estos deseos de resurgimiento que nos dominan»¹⁸.

A partir de lo propuesto por Javier Lasso de la Vega y para dar mayor alcance a su actividad lectoras e instaba pues a las mujeres a leer «con inteligencia y aprovechamiento»¹⁹ o a ponerse a esta tarea con «intención, atención y retención»²⁰. Tanto es así que algunos artículos de *Medina* pretendían «enseñar a leer» a las mujeres, es decir, proporcionarles las claves para que pudieran seleccionar sus libros sin perder de vista las necesidades nacionales. El fundamento era que solo se podía amar lo que se conocía a fondo. Como lo indicaba Pilar Primo de Rivera, «para formar conquistadores de Imperios, para formar hijos de España que conozcan, que quieran a su patria, tenemos que conocerla y quererla nosotras primero»²¹. De ahí la voluntad de promocionar, a través del libro, la historia y la cultura españolas. Un artículo de *Medina* preguntaba: «¿Conoces acaso la historia de tu Patria? ¿Has sentido estremecerse tu corazón ante los hechos gloriosos de que está sembrada, o leyendo las vidas de sus santos? (...) ¿Has bebido en la linfa serena del pensamiento de Fray Luis de León, de Teresa de Jesús o de Ricardo León?»²², incitando de esta forma a las lecturas «nacionales».

En la sección «Hemos leído esta semana...» se iba a registrar por lo tanto entre las obras propuestas una predominancia de «lo español» –en el sentido amplio de la expresión– tanto a través de los ensayos como de la novela o de la poesía.

¹⁸Javier Lasso de la Vega, «El libro y la cultura», Conferencia pronunciada en el Vº Consejo Nacional de la Sección Femenina en 1941, in: *Consejos Nacionales de la Sección Femenina de FET y de las JONS*, Madrid, Ed. del Movimiento, 1942, Tomo II, años 1940-1941-1942, p. 151.

¹⁹María Lasso, «¿Cuál es su lectura?», *Medina*, n° 195, 10-XII-1944.

²⁰Carmen Buj, «La mujer y los libros», *op. cit.*

²¹Pilar Primo de Rivera, «La nueva mujer de España», *Arriba*, Buenos Aires, 10-IX-1938.

²²«¿Sabes leer, camarada...?», *Medina*, n° 94, 3-I-1943.

Entre los ensayos, la temática española aparecía con frecuencia en los libros de historia, de arte o de cultura general²³. Sin embargo, el género más indicado para sustentar el sentimiento nacional parecía ser la biografía y, en efecto, las tres cuartas partes de las que se recomendaban en la sección exponían las vidas de grandes figuras de la historia, de la gesta religiosa o de la literatura españolas. Junto a Franco –que no podía faltar en este panorama–

, se hallaban Blanca de Castilla, Jovellanos, el padre Rosendo Salvado, Espronceda, etc. Pero además se empujaba a conocer las vidas de personajes extranjeros relacionados con la historia de España como, por ejemplo, María Luisa de Orleans o María Luisa de Saboya, reinas consortes. Asimismo, es interesante notar que se incluía a algunas personalidades extranjeras sin ninguna relación aparente con la historia de España, pero sí ideológicamente afines con el régimen. Tal era el caso de Delia Agostini, miembro de la *Gioventù Femminile Italiana*²⁴ o Alejandra Feodorovna, última zarina rusa y víctima de la revolución bolchevique. De esta forma, para el régimen, lo «nacional» no era solo lo estrictamente español o vinculado con España, sino también lo conexo con los valores del régimen.

En la poesía o en la novela, se registraba igualmente cierto predominio de lo español a través de la nacionalidad de los escritores. Particularmente flagrante era la preponderancia de los autores españoles en las obras de poesía ya que salvo dos excepciones todos eran nacionales²⁵. En cuanto a la novela, sobre cuarenta y tres escritores recomendados, solo nueve eran extranjeros.

²³Citemos algunos de los numerosos ejemplos: *España en los mares* de Manuel Ballesteros Gaibrois (*Medina*, n° 120, 4-VII-1943), *Supersticiones de los siglos XVI y XVII y hechizos de Carlos II* de Gabriel Maura (*Medina*, n° 126, 15-VIII-1943), *Las pinturas del Panteón de Goya* (*Medina*, n° 185, 1-X-1944), *La sociedad española bajo la Restauración* de Agustín de Figueroa (*Medina*, n° 224, 1-VII-1945).

²⁴Se trata de la biografía titulada *El ideal vale más que la vida* de María Sticco, recomendada en el n° 123 de *Medina*, del 25 de julio de 1943, en un momento en que el régimen franquista todavía reivindicaba sus lazos con la Italia fascista.

²⁵Estas dos excepciones eran Rabindranath Tagore y Rubén Darío, aunque este último se mantenía en el perímetro de lo hispano, tanto por su nacionalidad como por sus preocupaciones temáticas.

Por medio de esta nacionalización del libro, se trataba de destacar la importancia y la grandeza de España para atizar en las mujeres el sentimiento de pertenencia a una gran nación así como las ansias de colaboración en la restauración del esplendor nacional.

Mediante los consejos de lectura emitidos en la revista *Medina* se intentaba orientar la actividad lectora femenina. Los libros que leyeran las mujeres debían conducir a la felicidad familiar alentando el amor y la comprensión hacia el marido. Al tiempo que enseñaban a llevar a cabo las tareas del hogar, permitían asistir a las mujeres en la educación de los hijos, para proporcionarles ayuda escolar, pero también transmitirles el amor a la patria y controlar su moralidad. Contribuían pues a forjar a las nuevas generaciones elevando su nivel moral y enalteciendo sus ideales. De forma general, casi cualquier lectura podía ser aconsejable si se ajustaba al supuesto temperamento de las mujeres y a sus funciones en la sociedad; si respetaba la moral, tanto religiosa como puramente falangista; y si llevaba a ensalzar los valores de la patria.

El triple proceso de feminización, moralización y nacionalización del libro permitía de esta forma trascender la lectura para convertirla en un verdadero acto de servicio por el que se ofrecía a las mujeres una vía de participación en la tarea colectiva de construcción de la nueva España. La inclusión de las mujeres en el proyecto nacional mediante su actividad como lectoras representaba otro ejemplo del ideal de compensación que imperó en la Sección Femenina: efectivamente, se intentaba orientar y limitar las lecturas de las mujeres, pero al asimilar el acto de leer con un acto político y patriótico, necesario para el devenir del régimen, se les daba una forma de compensación por la pérdida de su libertad y por su sumisión impuesta en todos los ámbitos, y hasta en un acto tan íntimo como la lectura.

